

mil maneras, cierta especie de ideas, cierto sonido musical, si es lícito decirlo así, solo se acordaba con Lucila : las imágenes de felicidad doméstica se unian mas fácilmente con el retiro de Northumberland, que con el carro triunfante de Corina ; en fin, Osvaldo no podia dejar de conocer que Lucila era la esposa que su padre le hubiera escogido ; pero amaba á Corina, y poseia su amor ; habia jurado no formar jamas otros vínculos, y bastaba para que persistiese en la intencion de declarar al otro dia á lady Edgermond su propósito de dar la mano á Corina. Durmióse pensando en Italia ; y no obstante le pareció, entre sueños, que veia pasar velozmente á Lucila en figura de un ángel : despertó, y quiso apartar de su memoria aquella imagen, mas volvía una vez y otra vez, y en la postrera que se le presentó, voló, al parecer, la figura, y tornó á despertarse, sintiendo ya no poder detener aquel objeto que se desvanecia delante de sus ojos. Comenzaba á rayar el dia ; y bajó Osvaldo á pasearse al jardin.

---

CAPITULO VI

Acababa de salir el sol, y lord Nelvil presumia que nadie estaria levantado, mas engañábase ; Lucila

se hallaba ya dibujando al balcon ; y el viento movia sus cabellos, sueltos todavía, cual si fuese la misma figura del sueño de lord Nelvil, de forma que un momento se conmovió como si viese una aparicion sobrenatural. Pero despues se sonrojó de que le hubiese alterado tanto una cosa tan sencilla. Permaneció algun tiempo delante del balcon y saludó á Lucila, mas no pudo corresponderle, porque no levantaba los ojos de su labor. Continuó, pues, su paseo, y habria deseado mas que nunca ver á Corina para que disipase las impresiones vagas que no acertaba á explicar : agradábale Lucila como una cosa desconocida ; y quisiera que Corina desvaneciese aquella leve imagen que á cada instante se le ofrecia con nuevas formas.

Volvió á la sala, y encontró á Lucila colocando el dibujo que acabada de hacer en un marquito oscuro, enfrente de la mesa del té de su madre. Vió Osvaldo el dibujo ; era únicamente una rosa blanca sobre su vástago ; pero dibujada con suma gracia. — ¿ Sabeis pintar ? le dijo Osvaldo. — No, milord, solo sé imitar flores, y aun las mas fáciles ; aquí no hay maestro, y lo poco que he aprendido lo debo á algunas lecciones de mi hermana. Al decir esto suspiró. Lord Nelvil se sonrojó mucho, y le dijo : — Y esa hermana qué ha sido de ella ? — Ya no vive, repuso Lucila ; pero siempre la lloraré. — Osvaldo entendió que Lucila se hallaba engañada, como todos, sobre la suerte de su hermana ; pero aquella palabra : siempre la llo-

raré, le pareció manifestaba un carácter amable, y se enterneció. Iba Lucila á retirarse, advirtiendo improvisamente que estaba sola con Osvaldo, cuando entró en la sala lady Edgermond: miró á su hija con extrañeza y severidad al propio tiempo, y le hizo seña de que se fuese. Aquella mirada advirtió á Osvaldo lo que aun no habia reparado, esto es, que Lucila habia hecho sin duda algun cosa muy extraordinaria con arreglo á sus costumbres, permaneciendo en su compañía algunos minutos sin su madre; y lo agradeció como hubiera apreciado en otra una demostracion de interes muy notable.

Sentóse lady Edgermond, y despidió á los criados que la llevaron sosteniéndola hasta su sillón: estaba descolorida, y temblaban sus labios al tiempo de ofrecer á lord Nelvil una taza de té. Observó él aquella agitacion, y aumentóse la turbacion que experimentaba; pero movido del deseo de servir á su amada, dió principio á la conversacion: — Señora, dijo á lady Edgermond, he visitado muy frecuentemente en Italia á una mujer por quien debeis tener un interes particular. — Lo dudo, respondió lady Edgermond, porque en aquel país no me interesa nadie. — Pensaba, prosiguió lord Nelvil, que la hija de vuestro esposo tendria algun derecho á vuestro cariño. — Si la hija de mi esposo, dijo lady Edgermond, fuese una criatura indiferente á sus obligaciones y á la opinion, no le desearia mal por cierto; pero celebraria no oír hablar de ella jamas.

— ¿Y si esa hija que abandonais, repuso Osvaldo acalorado, fuese la mujer mas justamente celebrada del mundo por sus admirables habilidades de todas clases, continuariais despreciándola? — Lo mismo, respondió lady Edgermond; yo no hago caso de las habilidades que apartan á una mujer de sus verdaderas obligaciones. Hay actrices, músicos, artistas para divertir á las gentes; pero el único destino propio de las mujeres como nosotras, es dedicarse á cuidar de su esposo y educar á sus hijos. — ¡Cómo! repuso Osvaldo, ese talento nacido del alma, y que no puede existir sin el carácter mas elevado, y sin el corazón mas sensible, ese talento que va unido con la bondad mas tierna, y con el alma mas generosa, ¿le menospreciareis porque dilata el entendimiento, porque da á la misma virtud un dominio mas vasto, y un influjo mas general? — ¿A la virtud? replicó lady Edgermond con amarga sonrisa; no comprendo, á la verdad, lo que quereis decir con esa palabra aplicada de esa manera. La virtud de una persona que huyó de la casa paterna, la virtud de una persona que se estableció en Italia, haciendo la vida mas independiente, recibiendo obsequios de todos, por no decir mas, y dando un ejemplo todavía mas pernicioso para otras que para ella misma, renunciando á su nacimiento, á su familia, hasta el nombre de su padre... — Señora, la interrumpió Osvaldo, ese ha sido un sacrificio generoso por complaceros, por ceder á vuestros deseos, en favor de

vuestra hija; temió haceros daño si conservaba vuestro nombre... — ¡Temió! exclamó lady Edgermond, prueba de que conocia le deshonraba. — Ya es demasiado, interrumpió Osvaldo violentamente; Corina Edgermond será muy en breve lady Nelvil; y veremos entónces si os sonrojais de reconocerla por hija de vuestro esposo. Confundís en las reglas vulgares á una criatura colmada de dotes que jamas tuvo otra mujer; á un ángel de entendimiento y de bondad, á un genio admirable, con un carácter sensible y tímido; á una imaginacion sublime, á una generosidad sin límites, á una criatura que puede haber cometido yerros; porque tan asombrosa superioridad no siempre está acorde con la vida comun; pero que tiene una alma hermosísima, superior á sus yerros, y que con una de sus acciones ó de sus palabras los haria desaparecer todos. Honra al que escoge por protector, mas que le honrara la reina del orbe nombrándole su esposo. — Quizá, milord, respondió lady Edgermond esforzándose para contenerse, acusareis á mi entendimiento de limitado; pero no alcanzo nada de cuanto acabais de decir. Yo entiendo por moralidad solamente el cumplimiento exacto de las reglas establecidas; y fuera de esto, no veo mas que prendas mal empleadas, dignas de lástima cuando mas. — Muy árido habria sido el mundo, señora, respondió Osvaldo, si jamas se hubiera concebido el genio, ni el entusiasmo, y se hubiese convertido la naturaleza hu-

mana en una cosa tan arreglada y tan uniforme. Pero dejando una discucion vana, vengo á preguntaros formalmente si reconocereis por hija vuestra á miss Edgermond, cuando sea lady Nelvil. — Ménos, replicó lady Edgermond; porque la memoria de vuestro padre me obliga, si puedo, á estorbar la union mas funesta. — ¡Cómo mi padre! dijo Osvaldo, á quien siempre turbaba aquel nombre. — ¡Ignorais, prosiguió lady Edgermond, que rehusó para vos la mano de miss Edgermond, cuando aun no habia cometido ninguna falta, cuando solo preveia con la sagacidad suma de su carácter lo que seria con el tiempo? ¡Qué! sabeis..... — La carta de vuestro padre sobre este asunto á milord Edgermond está en poder de milord Dickson, antiguo amigo suyo, se la entregué luego que supe vuestro trato con Corina en Italia, á fin de que os la hiciese leer al volver; no debia hacerlo yo.

Calló Osvaldo algunos instantes, y luego repuso: — Lo que os pido, señora, es justo; lo exige vuestro propio honor; desvaneced los rumores que habeis esparcido sobre la muerte de vuestra hijastra, y reconocedla honrosamente por quien es, por hija de lord Edgermond. — No quiero contribuir en manera alguna, respondió lady Edgermond, á la desgracia de vuestra vida; y si la actual existencia de Corina, esa existencia sin nombre y sin amparo, puede ser motivo para que no la hagais vuestra esposa, ¡Dios y vuestro padre me libren de allanar

semejante obstáculo! — Señora, respondió lord Nelvil, la desgracia de Corina seria un vínculo mas entre ella y yo. — ¡Pues bien! replicó lady Edgermond con una vehemencia que jamas la habia dominado, y que sin duda procedia del disgusto de perder para su hija un esposo por tantos titulos apreciable, ¡pues bien! prosiguió, haceos los dos desgraciados; porque ella tambien será infeliz; aborrece este país, y no puede acomodarse á nuestras costumbres y á nuestra vida severa. Necesita un teatro donde muestre ese talento que estimais tanto, y que hace la vida tan penosa. Veréisla cansada de esta tierra ansiando volver á Italia; y os arrastrará, y dejareis vuestros amigos, y vuestra patria, y la de vuestro padre, por una extranjera, amable en buen hora, pero que si quisiérais os olvidaria, porque no hay cosa mas mudable que esas cabezas exaltadas. Las penas profundas solo son para las mujeres á quienes vosotros llamais vulgares, esto es, para las que viven únicamente destinadas á su esposo y sus hijos. — La violencia del movimiento de lady Edgermond, que acostumbrada á reprimirse, quizá no se habia dejado llevar en su vida otra vez de semejante impulso, conmovió de tal suerte sus nervios, ya débiles, que acabando de hablar se quedó desmayada. Viéndola Osvaldo en aquella situacion, llamó apresurado para pedir auxilios.

Acudió Lucila en extremo asustada, y dando pronto olo lanzó á Osvaldo una

mirada inquieta, como si dijera: *¿ Vos habeis hecho daño á mi madre?* Aquella mirada llegó á lord Nelvil al corazon; y cuando volvió lady Edgermond en sí, procuraba manifestarle cuánto se interesaba en su salud; pero ella le apartó con tibieza, y se sonrojó pensando que acaso con su turbacion habia humillado á su hija, y descubierto su deseo de darla por esposo á lord Nelvil. Hizo seña á Lucila de que saliese, y dijo: Milord, de todas maneras debeis consideraros libre de la especie de compromiso que podia haber entre nosotros: mi hija es demasiado niña para tomar empeño en el proyecto que formámos vuestro padre y yo; pero tambien es oportuno, una vez destruido este proyecto, que no volvais mas á mi casa mientras mi hija permanezca soltera. — Me ceñiré, pues, replicó Osvaldo inclinándose delante de ella, á escribiros para tratar de la suerte de una persona á quien no abandonaré jamas. — Hareis vuestro gusto, respondió lady Edgermond con voz ahogada. — Y lord Nelvil partió.

Pasando á caballo por la avenida, divisó de lejos, en el bosque, la gentil figura de Lucila. Refrenó el paso de su caballo para volverla á ver, y le pareció que Lucila traia la misma direccion que él escondiéndose entre los árboles. El camino pasaba por delante de un pabellon, situado al extremo del parque: Osvaldo observó que Lucila entraba en él y cruzó por delante, mas no la vió: despues de pa-

sar volvió muchas veces la cabeza, y notó en otro sitio, de donde se descubria todo el camino, un leve movimiento en las hojas de uno de los árboles colocados junto al pabellon. Paróse enfrente del árbol, pero no advirtió cosa alguna : partió dudoso de si habia acertado; y luego volvió de improviso atras veloz como un relámpago, mirando cual si se le hubiese caido algo. Entónces vió en la orilla del camino á Lucila, y la saludó con respeto : echóse ella el velo con precipitacion, y se entró en el bosque, sin reflexionar que ocultándose, manifestaba el motivo de su venida allí; la pobre niña no habia experimentado en su vida ninguna cosa tan viva, ni tan reprehensible como el sentimiento que la hizo desear ver pasar á lord Nelvil; y en vez de pensar en saludarle sencillamente, creia que ya la despreciaba por haber adivinado su intento. Osvaldo comprendió todas estas ideas, y se sintió suavemente lisonjeado de aquel inocente interes, expresado con tanta timidez y tanto candor. — Nadie, pensaba, puede vencer en sinceridad á Corina; pero tampoco nadie conoce mejor á sí mismo y á los demas, en vez que á Lucila seria preciso hacerle conocer el amor que inspirase y el que sintiese. — ¿Mas ese encanto de un dia puede bastar para toda la vida? Y pues no dura tan amable ignorancia de sí mismo, pues es forzoso que cada cual penetre por fin dentro de su alma, y sepa lo que siente, ¿no vale mas la sencillez que sobrevive á este descubrimiento, que

la sencillez que le precede? — Así comparaba en sus reflexiones á Corina y Lucila; pero aquella comparacion no era todavía, creíalo al ménos, sino un simple entretenimiento de su ánimo, ni suponía que nunca le ocupase con mas seriedad.

---

## CAPITULO VII

Despues de dejar la casa de lady Edgermond, partió Osvaldo á Escocia. La inquietud que le habia causado la vista de Lucila, el cariño que conservaba á Corina, todo cedió á la sensacion que sintió al mirar los sitios donde habia vivido con su padre : arrepentíase de las distracciones á que se entregó un año, y temia no ser ya digno de poner la planta en la morada que deseara no haber abandonado nunca. ¡Ay! despues de perder el objeto mas amado; ¿quién puede estar satisfecho de sí mismo, no habiéndose mantenido en el retiro mas solitario? Basta vivir entre las gentes para olvidar en alguna manera el culto de los fueros; en vano vive su memoria dentro de nuestro corazon; préstase á la actividad de los vivos, que aleja la idea de la muerte, como incómoda ó inútil, ó á lo ménos como cansada. En fin, si la soledad no dilata los sen-

timientos y la meditacion, la existencia, cual es, enseñoera otra vez las almas mas tiernas, y les da nuevos intereses, nuevos deseos y nuevas pasiones. Esta necesidad de distraerse es misera condicion de la naturaleza humana; y aunque la Providencia quiso que el hombre fuese así, para que sufriese la muerte en sí mismo y en los demas, á veces en medio de las distracciones, nos sentimos sobreco- gidos por el remordimiento de admitirlas, y como que una voz dulce y resignada nos dice: *Yo os amaba, ¡y me habeis olvidado!*

Estos sentimientos ocupaban el corazon de Osvaldo, miéntras volvía á su morada; y no sintió entónces la misma desesperacion que la vez primera, sino una profunda tristeza. El tiempo habia acostumbrado á todos á la pérdida que lloraba; ya no creían los sirvientes deber pronunciar delante de él el nombre de su padre; cada cual habia vuelto á sus ocupacionas diarias: habianse apretado las filas, y ya crecia la generacion de los hijos para ponerse en el lugar de la de los padres. Encerróse Osvaldo en el aposento del suyo, donde halló su capa, su baston, su silla, todo en el propio sitio: mas ¿dónde estaba la voz que respondia á su voz, y el corazon de padre que palpitaba al volver á abrazar á su hijo? Sumióse lord Nelvil en profundas meditaciones. — ¡Oh destino humano! exclamó bañado el rostro de lágrimas, ¡qué quierdes de nosotros! ¡Tanta vida para perecer, tanto pensar

para que todo cese! No, no, me oye mi único amigo, está aquí presente y ve mis lágrimas, y nuestras almas inmortales se esperan. ¡Oh Dios! ¡oh padre! ¡guiadme en la vida! Esas almas de hierro que al parecer poseen en sí misma las calidades inmutables de la naturaleza física, no conocen las indecisiones ni el arrepentimiento; pero los seres compuestos de imaginacion, de ternura y de conciencia, ¡pueden dar un paso sin perderse! Procuran tomar por guía el deber; y el mismo deber se oscurece á sus ojos, si no le revela al corazon la divinidad.

Por la tarde fue Osvaldo á pasearse en la alameda favorita de su padre; y seguía su sombra por entre los árboles. ¡Ay! ¿quién no esperó alguna vez en el favor de sus plegarias que se le apareciese una imágen querida, que al fin lograría un milagro á fuerza de amar? ¡Vana esperanza! No sabremos nada hasta el sepulcro. Duda de las dudas, el vulgo te desconoce; pero cuanto mas se ennoblece el entendimiento, mas invenciblemente le atraen los abismos de la reflexion. En tanto que Osvaldo se entregaba todo á ella, oyó un coche en la avenida, y vió apearse un anciano, y venir con lento paso hácia él: conmovióle profundamente aquel aspecto de un anciano, en tal hora y en tal lugar, y conociendo á milord Dickson, antiguo amigo de su padre, le recibió con cierta ternura que en otra ocasion no le hubiera iuspirado.

## CAPITULO VIII

En nada era igual Mr. Dickson al padre de Osvaldo; no tenia su talento ni su carácter; pero estaba cerca de él cuando falleció, y habiendo nacido en el mismo año, parecia se quedaba algunos dias atras para llevarle nuevas del mundo. Dióle Osvaldo el brazo para subir la escalera, sintiendo algun deleite en cuidar de la ancianidad, única semejanza que podia hallar en Mr. Dickson. Este anciano habia visto nacer á Osvaldo, y no tardó en hablarle con libertad de cuanto le pertenecia. Desaprobó severamente su enlace con Corina; mas sus débiles argumentos habrian tenido aun mucho ménos ascendiente que los de lady Edgermond, en el ánimo de Osvaldo, si Mr. Dickson no le entregara la carta que su padre lord Nelvil escribió á lord Edgermond cuando determinó deshacer el matrimonio proyectado entre su hijo y Corina, entónces miss Edgermond. Hé aqui esta carta escrita en 1791, durante el primer viaje de Osvaldo á Francia; leyóla temblando.

## CARTA DEL PADRE DE OSVALDO A LORD EDGERMOND.

« ¿Me perdonaréis, amigo mio, si os propongo una variacion en el proyecto de union entre nues-

tras dos familias? Mi hijo tiene diez y ocho meses ménos que vuestra hija mayor; mejor es destinarle á Lucila, vuestra segunda hija, que tiene doce años ménos que su hermana. Pudiera no daros mas motivo; pero como no ignoraba la edad de miss Edgermond cuando os la pedí para Osvaldo, pensaria faltar á la confianza de la amistad, si os ocultase cuáles son las razones por que deseo no se verifique este matrimonio. Hace veinte años somos amigos, y podemos hablarnos con franqueza, tanto mas cuanto los dos son bastante jóvenes para modificarse con nuestros consejos. Vuestra hija es preciosa; pero creo estoy viendo en ella una de aquellas hermosas griegas, que encantaban y sojuzgaban el orbe: y no os ofenda la idea que puede sugerir esta comparacion; sin duda vuestra hija no recibió de vos, ni ha hallado en su corazon mas que principios y sentimientos purísimos; pero necesita agradar, vencer, hacer impresion. Tiene aun mas talento que amor propio, mas un talento tan particular debe excitar forzosamente deseo de manifestarle; y no sé qué teatro puede ser bastante para esa actividad de ánimo, para esa vehemencia de imaginacion, para ese carácter fogoso que se demuestra en todas sus palabras; arrastraria por precision á mi hijo fuera de Inglaterra; porque semejante mujer no puede ser aquí feliz; y solo en Italia se hallará bien.

» Ha menester aquella existencia independiente sometida solo al capricho; nuestra vida campestre,

nuestras costumbres domésticas se opondrían á sus inclinaciones : mas un hombre nacido en nuestra dichosa patria, debe ser Inglés primero que todo ; es fuerza cumpla con sus obligaciones de ciudadano ; y en los países donde las instituciones políticas dan á los hombres ocasiones honrosas de obrar, y de mostrarse, las mujeres deben estar á la sombra. ¿Cómo pretender que una criatura tan superior como vuestra hija se contente con esta suerte ? Creedme, dadle esposo en Italia ; allí la llaman su religion, sus inclinaciones y su talento. Si mi hijo diese la mano á miss Edgermond, sin duda la amaría mucho, porque ninguna mujer reúne mas atractivos ; y procuraría, por complacerle, introducir en su casa estilos extranjeros. Presto perdería este espíritu nacional, estas preocupaciones, si así quereis llamarlas, que nos unen entre nosotros, y hacen á nuestra nacion un cuerpo, una asociacion libre, pero indisoluble, que no puede perecer mientras todos no perezcamos. Mi hijo tardaría poco en sentirse mal en Inglaterra, viendo que su mujer no era aquí feliz : iría á establecerse en Italia, y su expatriacion, si yo estaba vivo, me haría morir de pesar, no solo por privarme de un hijo, sino porque le arrebataría el honor de servir á su patria.

» ¡Qué suerte para un habitante de nuestros montes, arrastrar una existencia ociosa en el seno de los placeres de Italia ! ¡ Un escoces *chischisveo* de su mujer, cuando no de la de otro ! ¡ Inútil para la

familia, á quien ya no apoya ni guía ! Conozco á Osvaldo, y sé que vuestra hija le dominaría : por tanto celebro que su actual mansion en Francia le haya evitado la ocasion de ver á miss Edgermond ; y me atrevo á suplicaros, amigo mio, que si muero ántes de casarse mi hijo, no permitais conozca á vuestra hija mayor hasta que la menor se halle en edad de fijarle. Creo nuestra amistad bastante antigua y bastante sagrada para esperar de vos esta prueba de cariño : decid á mi hijo, si fuese necesario, mi voluntad sobre este punto ; estoy seguro de que la respetará, y mas si he fallecido.

» Cuidad asimismo, os lo ruego, de la union de Osvaldo con Lucila : es muy niña ; mas no obstante he advertido en sus facciones, en la expresion de su semblante y en el sonido de su voz, la mas tierna modestia. Esa es la mujer verdaderamente inglesa que hará venturoso á mi hijo ; si no vivo bastante para presenciar esta union, regocijaréme en el cielo, y cuando nos juntemos un día, protegeremos, dulce amigo, á nuestros hijos con nuestras bendiciones y nuestras plegarias. — Vuestro todo. — Nelvil. »

Despues de esta lectura, guardó Osvaldo el silencio mas profundo, lo cual dió lugar á Mr. Dickson á continuar sus largos discursos sin que le interrumpiese. Admiró la sagacidad de su amigo, en haber procurado tan exacto concepto de miss Edgermond, aunque estaba muy distante de poder presumir la conducta reprehensible que tuvo despues. Decidió, en



nombre del padre de Osvaldo, que semejante matrimonio seria para su memoria un mortal agravio; y Osvaldo supo por él, que durante su fatal mancion en Francia, despues de escritas ya con ceño aquella carta en 1792, no halló consuelo su padre mas que en casa de lady Edgermond, donde pasó todo un verano, delicándose á educar á Lucila, de quien estaba prendado. En fin, sin arte, pero sin rebozo hirió Mr. Dickson el corazon de Osvaldo en sus senos mas delicados.

De esta suerte iba reuniéndose todo para destruir la felicidad de Corina ausente, y sin mas defensa que sus cartas para hacer que Osvaldo recordase de cuando en cuando su memoria. Tenia contra sí la naturaleza de las cosas, el influjo de la patria, el recuerdo de un padre, la conjuracion de los amigos en favor de las resoluciones fáciles y del camino comun, y el naciente atractivo de una niña, que al parecer estaba tan conforme con las esperanzas puras y sosegadas de la vida doméstica.

## LIBRO DÉCIMOSÉTIMO

### CORINA EN ESCOCIA

#### CAPITULO I

Corina, entre tanto, se habia establecido cerca de Venecia, en una campiña á orillas del Brenta : queria permanecer en los sitios donde vió á Osvaldo la vez postrera, y ademas pensaba encontrarse mas cerca que en Roma para recibir las cartas de Inglaterra : el príncipe de Castel Forte habia escrito ofreciéndose á visitarla, y ella lo habia rehusado, porque su mutua amistad mandaba confianza; y si hubiese tratado de separarla de Osvaldo, si le hubiera dicho lo que se acostumbra; esto es, que la ausencia debe entibiar el cariño, semejante palabra pro-